

# La humanidad de un testigo\*

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA  
Universidad de La Habana

José María Chacón y Calvo (Santa María del Rosario, 1892–La Habana, 1969), es una de las figuras importantes de un grupo de hispanistas que, a lo largo de la historia del país, han nutrido la cultura de Cuba. Cabría mencionar, entre otros, nombres como los de Enrique Piñeyro, Justo de Lara, Carolina Poncet, Jorge Mañach, Juan Marinello, Mirta Aguirre, Cintio Vitier, Roberto Fernández Retamar y César López. Entre ellos, Chacón y Calvo tiene un notable lugar.

Importante estudioso de Heredia, el primero de los poetas de la patria cubana, Chacón fue un activo integrante de la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, junto a don Fernando Ortiz. Está de regreso en La Habana unos meses después de la escritura de las páginas que aquí se comentan y allí, junto a Juan Ramón Jiménez y a la ilustre dominicana Camila Henríquez Ureña, prepara la antología *La poesía cubana en 1936*, que es la imagen del trabajo de los poetas cubanos de varias generaciones, a esa altura del siglo XX.

De ascendencia noble –fue el último conde de Casa Bayona–, Chacón se desempeñaba como secretario en la legación cubana en Madrid, exactamente en el año de 1936, cuando estalla la Guerra Civil.

Acaso ningún cubano parecía menos preparado que el estudioso, el académico, el hombre de paz que era Chacón y Calvo, para enfrentar la realidad que esos días españoles le depararían. En un hermoso poema dedicado a la memoria de Chacón, el poeta Cintio Vitier comienza desplegando esta visión: «Si alguna vez conocí un niño filólogo / y académico de la lengua, / ese fue usted». Pocas imágenes podrían develar mejor el candor de ese hombre apegado al amor maternal que, paradójicamente, tendría que ser testigo uno de los más trágicos acontecimientos en toda la dramática historia de España.

A partir del cuarto día del alzamiento militar que rápidamente desembocará en guerra, Chacón empieza a escribir un diario que terminará el 5 de noviembre, cuando la enfermedad de su madre lo fuerza –a su pesar– a abandonar España. ¿Lo escribe con el propósito de recoger un testimonio sobre un acontecimiento que ya concitaba el interés de toda la humanidad? ¿De un

---

\* J. M.<sup>a</sup> Chacón y Calvo, *Diario íntimo de la Revolución española*, edición, prólogo y notas de N. Grégori, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística «José Antonio Portuondo», 2006.

acontecimiento que apenas un año después iba a reunir en Valencia y en Madrid a Hemingway, André Malraux, Neruda, César Vallejo, Auden, Stephen Spender, Nicolás Guillén, Vicente Huidobro, Alejo Carpentier y otras tantas voces de la literatura mundial? No lo creo. No, al menos, si se piensa que el objetivo final fuera convertirse en espectacular testigo del hecho. Chacón vivió más de treinta años después de esos excepcionales meses españoles, y nunca intentó editar aquellas páginas. Quedaron en su archivo personal hasta que el interés de la doctora Nuria Gregori, directora del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba, le ha hecho revisar, anotar minuciosamente, prologar y editar ese libro que nos habla tanto de la Guerra Civil Española como del propio Chacón y Calvo.

Habría que señalar que, como se desprende incluso de una somera lectura de este diario, su autor es un católico militante que cada cierto número de páginas lamenta de corazón el cierre de las iglesias madrileñas, lo que le impide asistir a la misa, como es su costumbre al menos cada domingo.

Tengamos en cuenta que esta revolución que describe ha surgido de la entraña misma del feroz enfrentamiento que el alzamiento fascista desata. Chacón y Calvo no puede desear más que lo que ya resulta imposible a esa altura de los acontecimientos: un diálogo entre las dos Españas, cuyos hombres se están matando en las calles y los campos españoles, aunque subraye aquí y allá la legitimidad de la República democrática.

Entiende su neutralidad de diplomático extranjero como una neutralidad activa, como una neutralidad humanitaria que le llama a proteger al desvalido y a socorrer al que lo necesita, pertenezca al bando que pertenezca o, como muchas veces ocurre, aunque no pertenezca a ninguno de los bandos en pugna. Porque Chacón siente y así lo escribe, que ese país cuyo martirologio está contemplando día tras día es uno que ha sido base para la aparición del suyo. Es un país cuyas gentes y cuya cultura ama. Pero es, además, un país cuya literatura ha estudiado, cuyos monumentos culturales conoce perfectamente.

Las páginas de los principales diarios y revistas cubanos habían recibido y seguirían recibiendo en los años siguientes los constantes artículos de Chacón sobre la cultura española.

Además de los trabajos sobre clásicos de la creación literaria (Cervantes, Lope, Manrique, Quevedo, Fray Luis, Garcilaso, Unamuno, Cernuda) o de la tradición crítica (don Ramón Menéndez-Pidal), me interesa señalar los permanentes llamados de Chacón y Calvo a la tolerancia. Está en la hermosa crónica que escribe en 1946 –acaso cuando la tolerancia era más ajena que nunca a la vida interna de España– sobre el epistolario entre Benito Pérez Galdós y José María de Pereda, para elogiar lo que llama «la fecunda tolerancia» entre estos dos hombres de ideologías no sólo diferentes, sino contrapuestas.

Es ejemplar la respuesta que da a un escritor cubano el conservador y cultísimo estudioso de las letras españolas que fue don Marcelino Menéndez y Pelayo, –citada por Chacón y Calvo– cuando éste le pide una opinión sobre lo que debe hacerse en Cuba para mejorar el estado de la educación: «Vaya usted a ver enseguida –dice Menéndez y Pelayo– a don Francisco Giner y a don Manuel Bartolomé Cossío, que pueden hablarle con toda autoridad sobre estos asuntos». No es extraño que sea Chacón y Calvo quien exalte en una crónica publicada en La Habana, en 1954, el trabajo del médico republicano Gustavo Pittaluga, residente en Cuba y a quien el egoísmo del Colegio Médico cubano de entonces había prohibido el ejercicio de su profesión.

Al humanista e hispanista que es Chacón, le resulta casi imposible aceptar el desastre que sus ojos están viendo en esos meses madrileños. Es patética la desolación del católico militante que es Chacón ante la guerra desatada por el alzamiento y la mezcla de admiración con dolor, ante la imagen de ese pueblo defendiéndose, al que honradamente tiene que exaltar. Escribe:

El pueblo es el gran protagonista de este enorme suceso. El pueblo está en pie y lucha contra cosas que no conocerá bien pero que presiente. Todo quedó confundido en un fascismo vago, impreciso, con una tónica militar que no tuvo el italiano en su inicio. ¿Habrá querido ser una marcha sobre Madrid? Mucho más aún, pues apenas hay una ciudad española que no haya sentido la sacudida brutal de la guerra civil. Contra los que la han fraguado lucha el pueblo que he visto pasar bajo mis balcones. Luchan los adolescentes de 16 años y los viejos de sesenta y casi setenta. Luchan también mujeres de toda edad. Ya se ha hablado de un batallón de mujeres. No puedo sentirme enemigo de este pueblo, a pesar del daño moral que me está haciendo. Ha atacado cruelmente, despiadadamente, cosas vivas de mi corazón. Esta mañana no se ha abierto una sola iglesia.

Chacón no podía saber entonces el apoyo que la jerarquía católica, e incluso el propio Vaticano brindaban a los militares facciosos, enemigos de la república democrática. Acaso no lo hubiera podido creer, como se niega a creer de entrada, que los fascistas hayan asesinado a Federico García Lorca, ese mismo poeta que, desde la dirección de la Hispano-Cubana de Cultura, él había recibido y agasajado en su Habana apenas seis años antes. Piénsese que el carácter criminal del fascismo es verdaderamente desvelado después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero Chacón ha intuido que el pueblo español presiente lo que se avecina, y su testimonio de esos días resulta por ello impresionante. Estas que he citado son las palabras que Chacón anota en su diario el domingo 26 de julio, pero unos días después, el 31 de julio, consigna:

Durante unos días hemos estado en una inseguridad completa. A mí, en medio de esta ausencia de autoridad, me parece, en conjunto, muy discreto, casi admirable, el comportamiento de las milicias. Durante unos días ha estado en manos del pueblo, del pueblo de Madrid, armado como nunca lo estuvo a lo largo de su historia, toda la ciudad. La ciudad indefensa, amedrentada, en espera de cosas tremendas. No se ha asaltado una joyería, ni una tienda de lujo. Se han incautado grandes palacios, algunos cerrados desde hace muchos años, se han cometido asesinatos aislados, algunos frutos del rencor personal, pero este pueblo desbordado dueño de todo el poder, ha tenido respeto por una porción de cosas que no se respetan en las revoluciones.

Es ejemplar la relación de Chacón con el revolucionario cubano Pablo de la Torriente Brau, que llegará a ser comisario político en el Quinto Regimiento, donde conocerá al poeta Miguel Hernández y donde morirá en combate en diciembre de ese mismo año. Si Miguel Hernández había dedicado su «Elegía primera», en ese libro extraordinario que es *Viento del pueblo*, a Federico García Lorca, no dudó en dedicar la «Elegía segunda» al cubano caído en Majadahonda. El católico y humanista que es Chacón no tiene dudas de calificar a Pablo de la Torriente como «gran fuerza de la naturaleza y revolucionario auténtico». Lo alojará en su propia casa durante los primeros tiempos que pasa Pablo en Madrid como corresponsal de la revista norteamericana *New Masses*, a través de la cual ha llegado como periodista a España. Muy poco después, estará en la filas del Quinto Regimiento. Pablo llega a Madrid desde Nueva York. Pablo era un marxista que había militado en el Ala Izquierda Estudiantil en los años de la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado, junto a los comunistas cubanos Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. Es simpática la anécdota que cuentan las hermanas de Pablo, Zoe y Ruth, de los gritos que desde la calle General Pardiñas le daba Pablo a Chacón llamándolo estentóreamente, entre irónico y cariñoso, con el apelativo de *Conde*. Chacón acudía alarmado, mandando a callar a Pablo, por lo peligroso que se había hecho en el Madrid sitiado de esos

días exhibir un título nobiliario, cuando la aristocracia apoyaba declaradamente la insurrección fascista.

Chacón corre incesantemente de un lugar a otro en estas páginas de su diario: acudiendo a una llamada de auxilio, realizando una gestión de decisivo amparo para salvar una vida, cuando algún temperamento no quiere colocarse a la altura que las circunstancias exigen. Por las páginas del *Diario íntimo de la Revolución Española* cruzan apresurada pero con toda humanidad los amigos y aun los prójimos de Chacón en esos días terribles de la guerra: Antonio Marichalar, Gregorio Marañón, José Luis Galbe, Ramón Menéndez-Pidal, Lino Novás Calvo, Rafael Suárez Solís, Pablo de la Torriente, cubanos y españoles fraternalmente colocados a su lado, y hasta el entonces embajador de Cuba en España, Serafín Pichardo Moya, a quien Chacón increpa cuando pretende desentenderse de la tarea de auxiliar a quienes lo requieren, pero de quien es capaz de hacer el elogio fúnebre, cuando las autoridades cubanas se lo solicitan.

Quizá no conocíamos bien los cubanos a José María Chacón y Calvo si pensábamos que era únicamente el estudioso hispanista y no lo reconocíamos también como el hombre solidario con los demás. Desde su perspectiva, vio con agudeza Cintio Vitier al *Conde*, cuando lo llamó, emocionado, «último caballero cristiano».